



PARTIDO DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL

La alternativa liberal en España: posibles claves para su construcción

*Intervención de Francisco Cacharro Gosende
Vicepresidente Primero del Partido de la Libertad Individual*

FORO LIBERAL IBÉRICO 2012
Vigo, 14 de septiembre de 2012

1. Introducción

Uno de los rasgos más significativos e inquietantes de la historia reciente de España es el escaso papel que el liberalismo —como ideología y como movimiento político— ha desempeñado en su devenir. Es un hecho: desde el fin de la dictadura del general Franco y hasta la fecha, el liberalismo ha sido el gran ausente en la vida política española. No deja de resultar paradójico que el país en el que, al parecer, se acuñó la palabra “liberal”, el país en el que —nada menos que en el siglo XVI— se formularon por vez primera algunas de las ideas clave del liberalismo moderno, el país, en fin, que vio nacer a Salvador de Madariaga, primer presidente de la Internacional Liberal, se haya revelado, precisamente con ocasión de su más largo y estable período de democracia parlamentaria, como un país dominado por fuerzas políticas abiertamente antiliberales y en el que, en treinta y cinco años, ningún partido liberal propiamente dicho ha sido capaz de consolidarse, no ya como alternativa real, sino ni siquiera como actor relevante del proceso político. No es que el liberalismo sea minoritario en España. Es que es incluso marginal, como demuestra el hecho de su prácticamente nula representación institucional en la actualidad.

Ni que decir tiene, las causas de este fracaso histórico del liberalismo español (porque es un fracaso, y hay que reconocerlo como tal) son tan variadas como complejas. Entre estas causas cabría citar algunas singularidades históricas y culturales que han contribuido a crear en la sociedad española (que en esto resultaría semejante a otras sociedades del sur de Europa) un entorno particularmente hostil a algunas ideas centrales del liberalismo, en especial en lo relativo a la defensa de la propiedad privada y el orden espontáneo del libre mercado. No cabe negar, desde luego, la existencia de este tipo de factores diferenciales (sociales, históricos, culturales y religiosos) ni su decisiva influencia en la conformación de las preferencias políticas de los españoles. Una segunda causa es, sin duda, nuestra legislación electoral: España padece el sistema electoral menos proporcional de Europa, si se excluye a Gran Bretaña, lo que, en

pocas palabras, ha propiciado la implantación de un sistema oligopólico de partidos (con tendencia a un bipartidismo desproporcionado) cuya correspondencia con el natural pluralismo político de la sociedad española probablemente diste mucho de ser real, pero que ha acabado por consolidarse en la práctica, al inducir a un elevado número de votantes a caer en la trampa del llamado "voto útil", dirigiendo sus votos hacia las formaciones mayoritarias (aun a pesar de las posibles discrepancias del votante frente a dichas formaciones) ante la conciencia de la inutilidad del voto a otras formaciones alternativas, dificultando sobremanera la consolidación de estas últimas.

Estos factores, sin embargo, no explican por sí solos la extrema debilidad actual del liberalismo español. Podrían explicar que el liberalismo se encontrase en una situación minoritaria, pero relevante, en una posición similar a la que ocupa en otros estados de la Unión Europea. Pero una situación de práctica marginalidad como la que padecemos no puede encontrar justificación únicamente en la existencia de un entorno cultural y legislativo hostil. Existe una tercera serie de causas que, a diferencia de lo que sucede con las que se acaban de señalar, no residen en factores externos al propio movimiento liberal, sino que se localizan en la propia acción política llevada a cabo por los liberales españoles. Más en concreto, en el hecho de que, durante décadas, los liberales españoles hayamos incurrido, una y otra vez, en una serie de graves errores estratégicos que nos han conducido a esta situación de marginalidad. En este sentido, hay que advertir que, de acuerdo con los barómetros que periódicamente lleva a cabo el Centro de Investigaciones Sociológicas, entre un 10 y un 15 % de ciudadanos españoles se autodefinen, ideológicamente, como liberales, siendo esta opción, en algunos barómetros, la segunda más votada, después de la socialista. Y resulta incluso más llamativo el hecho de que el porcentaje de los que se autodefinen como liberales sea mayor entre los jóvenes. Es cierto que la palabra liberalismo adolece entre nosotros de una importante dosis de ambigüedad, y es posible que algunos de los encuestados tengan un concepto equivocado del liberalismo. Pero, con todos los matices y cautelas que se quieran, no parece probable que estemos ante un caso de disonancia cognitiva generalizada. Lo lógico es pensar que al menos un importante número de los que así se manifiestan, aun cuando sea de un modo vago o relativamente impreciso, exponen una preferencia política coincidente en un alto grado con lo que comúnmente conocemos como liberalismo, y que por ello puede suponerse que, cuando menos, entre un 5 y un 10 % de los ciudadanos españoles estarían dispuestos a votar a un partido político genuinamente liberal. Es un dato importante: de existir un partido político que fuese capaz de capitalizar electoralmente esa preferencia ideológica, su posición podría ser la de la tercera o cuarta fuerza política del Estado, una posición similar a la que, por ejemplo ocupa el FDP alemán, con una alta probabilidad de influir decisivamente en la toma de decisiones.

Desde este punto de vista, el retrato sociopolítico de la ciudadanía española distaría mucho de ese abrumador e incurable antiliberalismo que parece reflejar el actual arco parlamentario. Existe, sin duda, una mayoría social que no es liberal, lo que, dicho sea de paso, no es una peculiaridad española. Pero hay serios indicios de que existe también una potencial minoría políticamente relevante que podría llegar a apoyar una opción genuinamente liberal. En este sentido, la inexistencia hasta fechas recientes de un partido político liberal capaz de aglutinar y vertebrar, a escala estatal, esa corriente de opinión favorable al liberalismo se presentaba como una anomalía que podía y debía ser corregida, y a ese propósito respondió, en el verano de 2009, la fundación del Partido de la Libertad Individual, del que tengo el honor de ser vicepresidente. Obsérvese que he hablado de una minoría liberal políticamente relevante de carácter potencial. En efecto, ningún análisis serio puede suponer que los partidos y movimientos políticos surjan por generación espontánea. Del mismo modo que en el mercado de bienes y servicios con frecuencia es la oferta la que despierta una demanda hasta entonces oculta, desconocida o embrionaria, en el mercado de las ideas y los programas políticos es la acción de los partidos la que en numerosas ocasiones logra activar y articular corrientes y estados de opinión dispersos en el tejido social y canalizarlos en un discurso coherente que puede acabar cristalizando en el apoyo electoral a una concreta opción. En definitiva: quizá en España el liberalismo no haya sucumbido a una total inexistencia de demanda, sino a la ausencia de una oferta política coherente capaz de catalizar las aspiraciones de un importante, aunque minoritario, sector de la población. Y quizá sea esta falta de oferta liberal la que explique en gran medida la precaria situación de marginalidad a la

que hemos llegado. No debe olvidarse la posibilidad de que esos dos fenómenos —una demanda débil y una oferta nula— se hayan retroalimentado mutuamente a lo largo de los años, en un círculo vicioso que acabó por arrinconar el discurso liberal, confinándolo en algunos reductos subsistentes en el mundo académico, en los *think tanks* y clubes liberales y, más recientemente, en las redes sociales y la blogosfera, expulsándolo del resto de foros de debate social, en particular de los medios de comunicación de masas. Quizá ello explique que las ideas liberales hayan sido sistemáticamente excluidas —incluso como hipótesis— en los principales debates sobre cuestiones económicas, jurídicas o administrativas.

La idea que, en todo caso, deseo transmitir es que indudablemente, en mayor o menor medida, la errónea acción política de los liberales españoles (o incluso su falta de acción política real) se encuentra en el origen de este estado de cosas. Desde este punto de vista, la actual marginalidad del liberalismo español no obedecería a una maldición histórica, sino que, simplemente, sería el resultado de una estrategia errónea y / o de una ausencia de acción. Sin duda, algo habremos hecho mal los liberales españoles para llegar a esta situación. Y, sin duda también, algo podremos hacer para enderezar las cosas.

Las reflexiones que a continuación voy a exponer tienen por objeto analizar e identificar los posibles errores estratégicos que han llevado al liberalismo español a esta triste situación, y las posibles claves que, quizá, podrían permitir su superación. Previamente, me gustaría hacer tres advertencias. La primera, que la crítica implícita en mi exposición a determinadas líneas de acción de los liberales españoles no debe ser interpretada como un reproche ni, menos aún, como una tentativa de dar lecciones a nadie; entre otras cosas, porque el autor de esta ponencia incurrió también en el pasado en algunos de esos errores que se indicarán; mi pretensión es, simplemente, poner de manifiesto conclusiones extraídas de mi propia experiencia, del intercambio de impresiones con mis compañeros de partido y de la observación de la evolución política del liberalismo en España. En este sentido, descubrir que se cometieron errores no es incompatible con el reconocimiento y la admiración por la labor desinteresada, la generosidad y entusiasmo de tantos liberales españoles, lamentablemente frustrados por el fracaso electoral. En segundo lugar, quiero advertir que se trata de reflexiones personales, y que, aun cuando concuerdan esencialmente con las posiciones oficiales del P-LIB respecto de esta cuestión, su concreta formulación en esta ponencia tiene un carácter estrictamente personal. Y, en tercer lugar, advierto también que —como casi siempre sucede en el debate político— las ideas que voy a expresar no pretenden ser ninguna verdad científica demostrada. Son, más bien, una hipótesis de trabajo en relación con el asunto que nos ocupa —cómo construir una alternativa liberal en España— que, simplemente, pongo a su disposición de cara a un debate que, no obstante, creo que debemos cerrar cuanto antes para dar paso a la acción.

2. Se cometieron errores: quintacolumnismo, cortoplacismo, adulteración

Los principales errores estratégicos que a mi juicio hemos cometido los liberales españoles se pueden resumir en tres, que denominaré quintacolumnismo, cortoplacismo y adulteración. Estos tres errores tienen probablemente un origen común, que podríamos cifrar en una extraña falta de confianza en nosotros mismos y en una escasa fe en la receptividad de la sociedad española a nuestro mensaje. Da la sensación de que, realmente, muchos liberales españoles llegamos a creer que, en efecto, España estaba bajo el influjo de una maldición histórica que volvía a nuestra sociedad especialmente refractaria a esta ideología, y que de antemano condenaba al fracaso cualquier iniciativa política en este sentido.

El presidente del Partido de la Libertad Individual, Juan Pina, suele referirse al principal de estos errores estratégicos como “quintacolumnismo”. El quintacolumnismo de los liberales españoles consistió en la renuncia a la creación de un partido liberal propiamente dicho, y en la adopción de una estrategia alternativa de integración en otros grandes partidos que se estimaban compatibles con el liberalismo —primeramente en la UCD, y posteriormente en el Partido Popular, pero también en CiU y en partidos de reciente formación como UPyD. Esta estrategia pasaba por renunciar a la batalla electoral en solitario, tratando en cambio de

influir en las decisiones de otros partidos desde dentro. Tal vez en el primer momento de la Transición la integración de la mayoría de los liberales en la UCD tuviese un cierto sentido, derivado de la necesidad de apuntalar el proceso de restauración democrática del Estado español. Sin embargo, el mantenimiento posterior de dicha estrategia (cuyos máximos exponentes han sido las coaliciones con Alianza Popular de partidos como Unión Liberal y el Partido Liberal, y su posterior integración en el Partido Popular) se ha revelado como un error mayúsculo, que no debe volver a repetirse nunca, y que condenó a los liberales a ser siempre una corriente extraoficial minoritaria en el seno de otros partidos, cuya mayoría antiliberal —ya fuese conservadora, como en el caso citado del PP, ya socialdemócrata, como ha sucedido en partidos de nueva creación como UPyD y Ciutadans— neutraliza sistemáticamente sus propuestas, diluyéndolos en su seno. La consecuencia ya la conocemos: la práctica desaparición de la oferta liberal en el mercado electoral.

Un segundo error, parejo al anterior y que de alguna manera alimentó aquel, es el cortoplacismo. Este error consiste en creer que el futuro del liberalismo español se juega siempre en las próximas elecciones, y se alimenta de la ilusión de que una voluntariosa campaña electoral, aprovechando cualquier coyuntura supuestamente favorable —una crisis como la actual, una bajada en la intención de voto de cualquiera de los grandes partidos— podrá propiciar la súbita irrupción del liberalismo en las instituciones como una fuerza emergente. El principal efecto práctico de este error es la generación de unas expectativas irreales y la posterior entrada en una fase de depresión y desencanto que rápidamente lleva a abandonar la acción política ante el primer fracaso en las urnas. De este modo, resulta imposible la consolidación de ningún partido liberal, una tarea que, en las condiciones actuales, sólo en el largo plazo es posible llevar a cabo con éxito. Un ejemplo de este error cortoplacista lo tenemos en la candidatura de Coalición Liberal en las elecciones europeas de 2004, cuyo fracaso electoral propició el abandono de lo que tal vez hubiese podido ser el embrión de un auténtico partido liberal.

El tercer error en que históricamente han incurrido los liberales españoles tiene, igualmente, su origen en esa incomprensible falta de confianza en nosotros mismos y en la fuerza de nuestras ideas. Consiste en la adulteración del liberalismo, en la edulcoración del mensaje liberal para acomodarlo, total o parcialmente, en mayor o menor medida, al discurso de lo que se considera políticamente correcto, en la equivocada creencia de que de ese modo será más fácil llegar a los ciudadanos que si se les ofrece un genuino mensaje liberal. En cierto modo, constituye una fórmula análoga al quintacolumnismo, con la peculiaridad de que no se produce en la dimensión organizativa, sino en la ideológica. Se trata de un grave error, cuyo efecto práctico suele ser el siguiente: de una parte, disuade y decepciona a las personas con un alto grado de conciencia ideológica liberal (cuya importancia cualitativa para el éxito de cualquier acción política no precisa ser demostrada) al ofrecerles un discurso ajeno a sus convicciones; de otra, genera el rechazo o, si se prefiere, la indiferencia de la mayoría no particularmente concienciada o ideologizada, que no ve ninguna razón para apoyar a una fuerza política que, en definitiva, no hace sino ofrecerle más de lo mismo y cuyo programa no acaba de diferenciarse del de los partidos dominantes (si no es en cuestiones de matiz o en aspectos puramente retóricos, que obviamente no son advertidos o valorados por dicha mayoría a la hora de conceder o denegar su apoyo electoral). Esta actitud supone en realidad desperdiciar el principal activo que poseemos los liberales: nuestra base social puede ser escasa, pero lo único en lo que aventajamos a los grandes partidos colectivistas es, precisamente, en la coherencia de nuestro discurso y en la validez de las soluciones programáticas que pueden deducirse de él. Renunciar a un discurso y un programa genuinamente liberal es un suicidio: equivale a renunciar a la propia identidad política, y, si se me permite la comparación, viene a ser algo así como si el pastor David pretendiese derrotar a Goliat renunciando a su honda y vistiendo en cambio una pesada armadura.

La conjunción de estos tres errores, que realmente se podrían resumir en la renuncia implícita a la construcción de un verdadero partido liberal, explica el fracaso histórico del liberalismo español. Es cierto que no son las únicas causas del fracaso. Pero sí son las únicas causas que tienen un carácter evitable. No podemos cambiar de la noche a la mañana la mentalidad de muchos ciudadanos que nunca serán liberales. No podemos, tampoco, cambiar la

legislación electoral que sistemáticamente bloquea el acceso de las minorías a las instituciones. Pero sí podemos y debemos cambiar de estrategia. Está en nuestra mano.

3. Existe un riesgo: la tentación del fundamentalismo ideológico

Antes de pasar a exponer, en positivo, cuáles creo que pueden ser las claves para la construcción de una alternativa liberal sólida al colectivismo imperante en España, quisiera también llamar la atención sobre un posible error potencial —un riesgo— que se sitúa en el extremo opuesto a los tres errores históricos que se acaban de citar (quintacolumnismo, cortoplacismo y adulteración) y al que denominaré fundamentalismo ideológico. No se trata, evidentemente, de un error histórico del liberalismo español (que más bien se ha caracterizado por todo lo contrario) pero sí es un riesgo que cabe advertir en algunos nuevos grupos liberales emergentes. Quizá como consecuencia de la marginalidad real en que se halla recluido el liberalismo, éste ha encontrado su refugio en el mundo académico, en los *think tanks* y clubes liberales y, más recientemente, en los espacios de libertad y debate social que han surgido en Internet, en la blogosfera y las redes sociales. En esta suerte de clandestinidad social, aislado de la realidad, el liberalismo corre el riesgo de replegarse sobre sí mismo, engolfarse en la autocomplacencia de un discurso ajeno a la realidad social y herméticamente cerrado sobre sus propias premisas ideológicas, traicionando de ese modo su esencia —la de una ideología abierta al debate, fundada sobre la razón crítica y, por ello, esencialmente plural en el marco, eso sí, de unos principios generales tan claros como firmes e irrenunciables— para convertirse en una parodia de sí mismo: una ideología cerrada cuya radicalidad e irrealidad son comparables a las del marxismo y que incurre, con una asombrosa inconsciencia, en la irracionalidad del racionalismo constructivista cuya fatal arrogancia denunció Hayek. Como digo, se trata de un error potencial, cuyo resultado inevitable, si llega a cometerse, será, a no dudarlo, un nuevo fracaso. No sólo porque este fundamentalismo ideológico se estrellará inútilmente frente a una ciudadanía que desconfía —y con razón— de los catecismos doctrinales, vengan de donde vengan; es que, además, este fundamentalismo, con su antipática obsesión por la pureza ideológica, acaba fragmentando el campo liberal (por su propia naturaleza, siempre plural) en múltiples y pequeñas facciones condenadas a perpetuar su propia marginalidad y a desprestigiar al propio liberalismo. Un partido liberal que se postule como alternativa no puede caer en esa tentación. El liberalismo no puede tergiversarse, ni mediante su imposible hibridación con la ideología socialdemócrata o la conservadora, ni tampoco mediante su confinamiento en un escenario puramente teórico e irreal, de un utopismo que en poco o nada se diferencia del de cualquier vulgar propuesta de ingeniería social.

4. Qué hacer: algunas posibles claves para la construcción de la alternativa liberal

Hasta ahora, he hablado acerca de lo que considero no se debe hacer si queremos que el liberalismo español obtenga el respaldo social que lo arranque de su actual marginalidad y lo lleve a ser un actor relevante del proceso político. En este apartado, se expondrán las que considero algunas de las posibles claves para una acción política liberal susceptible de obtener, a largo plazo, el éxito de alcanzar una mínima representación institucional. Parto de la idea de que se trata de condiciones necesarias, aunque tal vez por sí solas no sean suficientes y su sola observación no garantice el éxito. Pero creo sinceramente que no tener en cuenta estas claves sí garantizaría, con total seguridad, el fracaso.

Esas claves son, a mi entender, las siguientes:

a) **No cometer una vez más los mismos errores:** evidentemente, la primera clave es sencilla de formular: se trata, simplemente, de no incurrir nuevamente en los históricos errores estratégicos que se han señalado. Más en concreto:

a.1) Los liberales tenemos que ser conscientes de que nuestro lugar no está ni en el PP, ni en CiU, ni en UPyD, ni en el PSOE, ni en ninguna otra parte. **Nuestro lugar**

—y, dicho así, parece una perogrullada— sólo puede estar en un partido o una coalición de partidos genuinamente liberales. Lo contrario es aceptar la derrota antes siquiera de dar la batalla.

a.2) En segundo lugar, debe abandonarse a toda costa la tentación cortoplacista. Los promotores de cualquier proyecto de construcción de un partido liberal deben saber que en España les aguarda una larga, muy larga, travesía del desierto. No hablo de cuatro, ni siquiera de ocho años. Hablo de un período histórico mucho más largo. Hablo de la necesidad, quizá, de quince o veinte años de esfuerzo sostenido para que una fuerza liberal logre despuntar como alternativa real en este país. Las condiciones objetivas son extremadamente difíciles. No nos engañemos: será precisa una lenta tarea de años para que el liberalismo español salga del ostracismo al que, en gran medida, sus propios errores le han empujado.

a.3) Igualmente, debe rechazarse la tentación de —en aras de ese mismo cortoplacismo— adulterar o edulcorar el mensaje liberal para convertirlo en otra cosa. No podemos ofrecer más de lo mismo, con pequeñas variantes o matices. Si actuamos así, no lograremos el apoyo de los liberales y desde luego no captaremos tampoco apoyos entre quienes no lo son, pues estos, con toda lógica, preferirán apostar por otras opciones políticas.

b) No caer en la tentación del fundamentalismo ideológico, que no es sino una traición a la esencia —abierta, tolerante, crítica— del liberalismo y su tergiversación, reduciéndolo a una ideología constructivista más. Ese fundamentalismo no sólo nos asegura una condena a la marginalidad perpetua y a la fragmentación en múltiples sectas liberales, a cual más celosa de la ortodoxia. Es que, ante todo, ese fundamentalismo ideológico no es más que la negación del verdadero liberalismo: una perversión, ajena a la realidad, incompatible con el racionalismo crítico que constituye su fundamento.

c) Ya en términos positivos, esto es, refiriéndonos a lo que sí se debe hacer, entiendo que las claves de actuación pasan, cuando menos, por los elementos siguientes:

c.1) Coherencia: la coherencia es siempre un requisito esencial para el éxito de cualquier actuación. Pero, en un contexto de fuerte descrédito de la política, su exigencia es aún mayor, en un doble plano: en el ideológico, desde luego, y en el de la acción práctica también. En el plano ideológico, un partido liberal debe ofrecer un discurso liberal sin fisuras. Esto no significa que haya de ofrecerse un mensaje necesariamente radical o rupturista (aunque en mayor o menor medida, el carácter netamente antiliberal del *establishment* siempre hará que nuestro mensaje lo sea de algún modo). Es perfectamente razonable ofrecer un discurso de carácter moderado, basado entre otras cosas en parámetros de viabilidad de las propuestas políticas que lo integren. Pero es esencial que, cualquiera sea su grado de moderación o radicalidad - conceptos siempre relativos - el discurso liberal sea coherente con los principios básicos del liberalismo. La adulteración de nuestro discurso, la combinación con elementos ajenos al mismo, ya sean de cuño conservador o socialdemócrata, conduce siempre al viejo problema de Esopo: la tentativa por complacer a todos acaba por no complacer a nadie. Esa es la razón por la que desde el P-LIB se ha hecho un particular esfuerzo en ofrecer un liberalismo integral - que no integrista. Solemos decir que somos liberales en todo: en cuestiones de política económica, por supuesto, pero también en materia de cultura, orden social, régimen de las instituciones u organización territorial. Sencillamente, no creemos que pueda ni deba fragmentarse la libertad de las personas. En el plano de la acción práctica, la actividad de un partido liberal no puede contradecir sus postulados ideológicos. Esa es la razón, por ejemplo, por la que el P-LIB incluyó en sus estatutos la prohibición de percibir subvenciones para la financiación de sus actividades, norma que hasta la fecha se ha cumplido a rajatabla.

c.2) Pragmatismo: este segundo elemento es igualmente esencial, y complementa al anterior. El pragmatismo es inseparable de la política. Y los liberales tenemos que esforzarnos en ofrecer a los ciudadanos soluciones prácticas, de eficacia visible, que les permitan visualizar claramente cómo la implementación de

políticas liberales podría afectar positivamente a sus vidas. La ideología por sí sola no basta: es preciso ilustrar sus efectos prácticos. Son precisos programas concretos. De ahí la importancia de que nuestras campañas de difusión se enfoquen, más que a despertar o manipular emociones colectivas de las masas (que es lo propio de los partidos colectivistas) a apelar a la razón práctica de los individuos, con un estilo más didáctico y, desde luego, transparente. La manipulación de los ciudadanos por parte del Hiperestado ha alcanzado en los últimos años cotas escandalosas. Ello exige un especial esfuerzo para contrarrestar muchas de las mentiras que la propaganda colectivista ha insertado en la mente de mucha gente: la idea, por ejemplo, de que no es posible proveer servicios educativos o sanitarios al alcance de la mayoría desde la empresa privada, o la idea de que la única forma de garantizar las pensiones de jubilación es a través de un ruinoso sistema de reparto, y tantas otras. Para ello, en el P-LIB estamos trabajando en el diseño de campañas informativas (algunas de ellas, ya en marcha) que contribuyan a ir desmontando esos mitos antiliberales, y a ir conformando, en el largo plazo, una sólida base social liberal. Otras líneas de acción que se enmarcan en esta estrategia, y que esperamos poner pronto en marcha, pasan por la utilización de los escasos canales abiertos en nuestro sistema a la participación ciudadana en la vida pública para la introducción de propuestas liberales en el debate político, buscando obtener la mayor visibilidad posible. En particular, concedemos especial importancia a las iniciativas de este tipo que puedan surgir en el ámbito local (por ejemplo, mediante la formulación de alegaciones en la tramitación de normas municipales) y, cuando ello sea posible, mediante la utilización de mecanismos como la iniciativa legislativa popular. El empleo de este tipo de vías de actuación - hasta la fecha escasamente exploradas, y que, aunque requieren la disponibilidad de algunos medios técnicos y una base organizativa mínima, son factibles—puede ser un medio eficaz para transmitir a muchos ciudadanos la idea de la utilidad práctica del liberalismo.

c.3) Proactividad: en la misma línea del punto anterior, el mensaje del liberalismo debe ser proactivo, no meramente reactivo. Debe insistir siempre, tras la crítica al estado de cosas existente, en la oferta de fórmulas alternativas y concretas que mejoren la situación de las personas.

c.4) Innovación: si algo ha demostrado el liberalismo, en su ya larga historia, es su extraordinaria capacidad de adaptación a las novedades históricas, su enorme flexibilidad, creatividad y capacidad para buscar y encontrar soluciones a los nuevos problemas que surgiendo. Y si algo parece obvio hoy día - no hay más ver la acción de los sucesivos gobiernos socialistas y conservadores que padecemos - es el agotamiento que manifiestan los partidos hoy dominantes en España, su falta de ideas, su incapacidad para reformar un sistema al que se aferran con desesperación, al que dan vueltas continuamente, sin comprender que precisa una reforma radical, un cambio de paradigma. El liberalismo, allá donde los ciudadanos le han dado una oportunidad, ha sido capaz de ofrecer soluciones innovadoras en todos los campos, de la sanidad a las pensiones de jubilación, de la gestión de infraestructuras y servicios a la defensa de los derechos civiles o, de la organización territorial al Derecho de familia. El liberalismo puede y debe impulsar un nuevo paradigma, que nos lleve de la sociedad cerrada a la sociedad abierta, del Estado del bienestar a una sociedad del bienestar. Ello exige un enfoque abierto, receptivo, reformista, una continua búsqueda de soluciones programáticas a los desafíos del mundo actual.

c.5) Unidad: este aspecto es para mí, particularmente importante. Si los liberales españoles somos pocos, cometeríamos un grave error al fragmentarnos en grupúsculos sectarios. En este sentido, considero esencial un esfuerzo por parte de todos para aunar fuerzas, para remar juntos en la misma dirección. Partiendo de la pluralidad característica del liberalismo, debemos reconocer que a las distintas familias liberales es más lo que nos une que lo que nos separa. En este sentido, el Partido de la Libertad Individual ha admitido, desde su propia fundación, ese pluralismo interno, y la experiencia ha revelado que, lejos de ser un problema, es algo altamente positivo y enriquecedor. En el P-LIB hay liberales de todo tipo: hay anarcocapitalistas,

por ejemplo, pero también miembros del Partido Radical Transnacional, seguidores del objetivismo filosófico y, por supuesto, liberales clásicos como el que les habla. Esta pluralidad no está reñida en modo alguno con la coherencia: el liberalismo, por fortuna, no es un catecismo cerrado, sino que se ha desarrollado en distintas versiones, y, más aún, admite múltiples opciones programáticas —que es lo que importa en un verdadero partido político— en el marco de sus principios. Recientemente, hemos dado una muestra de que realmente creemos en esta necesidad de la unidad de los liberales, al recomendar a nuestros afiliados el voto a las candidaturas de Convergencia Século XXI en las próximas elecciones autonómicas gallegas, una cita electoral en la que, lamentablemente, nosotros no estaremos presentes. **Creemos, sinceramente, que de cara a las próximas elecciones europeas de 2014, los distintos partidos liberales existentes en España deberíamos estudiar fórmulas serias de colaboración que, siempre con estricto respeto a nuestro ideario común, multiplicarán nuestras posibilidades de éxito.** Y quiero aprovechar esta intervención para, desde aquí, hacer un llamamiento a los representantes del resto de las fuerzas políticas liberales del Estado español para, desde ya, ponernos a trabajar en ello.

Concluyo. Si algo se puede aprender de estos treinta y cinco años de decepcionante democracia de masas en España, es, al menos, lo que los liberales hemos hecho mal. Evidentemente, el fracaso del liberalismo no ha obedecido sólo a los errores estratégicos en que históricamente hemos incurrido los liberales. El entorno era excesivamente hostil, y fue muy grande la ilusión que en su día, en una democracia incipiente e inexperta, llegaron a generar en las masas sociales los grandes partidos (el conservador PP y el socialdemócrata PSOE, que durante años parecía electoralmente imbatible, lo que dio alas al discurso acerca de la necesidad de una gran fuerza política de centroderecha capaz de hacerle frente, discurso sobre el que se cimentó el éxito electoral del PP, un partido que, sin embargo, siempre ha estado dominado por el elemento conservador y respecto del cual vemos cómo, días tras día, su nefasta acción de gobierno contradice los más elementales principios liberales) No será fácil salir de esta situación. Pero el viaje más largo empieza con un paso. Entre la existencia de una minoría liberal con representación en las instituciones y su práctico exilio a la marginalidad, media un abismo. Y sí está en nuestras manos intentar, al menos, alcanzar ese primer y esencial —aunque pueda parecer modesto— objetivo. Sería un pequeño paso de gigante. Y no hay ninguna razón que nos impida tratar de darlo.

Muchas gracias